

Literatura e Teologia, em diálogos e provocações

San Pablo, 1, 2 e 3 de outubro 2012

Comunicación:

San Juan de la Cruz por María Zambrano.

A propósito del “silencio” como espacio místico-poético.

Ponente:

Lic. y Mgter. Florencia Elena González.

Centro de adscripción:

Universidad Católica Argentina (SIPLET – ALALITE),

Universidad Autónoma de Madrid,

Departamento de Pensamiento Español e Iberoamericano.

Resumen

Los llamados “espacios del no” o “no-lugares”, es decir, la negatividad del tiempo, el lugar y el sujeto que estas nociones representan, se relacionan habitualmente con paradigmas filosóficos posmodernos en los que dicha negatividad se transforma en una negación directa del sujeto racional que padece y experimenta el *mundo de la vida*.

La visión que María Zambrano tiene sobre tal negatividad dista claramente de los sistemas negadores del yo, para posicionarse en una antropología humanista en la que la palabra cobra una importancia capital, ya que a través de ella nace una nueva racionalidad que incluye el acto de poetizar como la acción constitutiva del conocimiento y de la comunicación con la otredad.

En su obra, la mística de San Juan de la Cruz está presente de manera constante, puesto que la filósofa española identifica esa “vía negativa” propuesta por Juan, como un vehículo esencial de la experiencia y de la verdad que solo puede ser dicha por medio de la palabra poética. En este sentido, el silencio, como lugar paradójico, se convierte en el espacio negativo eminente, desde el cual todo desvelamiento es posible porque a partir de allí el mundo se nos hace presente mediante la palabra. Más aun, si la paradoja se despliega en toda su dimensión, la palabra se quiebra y el silencio se vacía para ser ocupado por la voz de Dios ya de una vez y para siempre.

Asimismo, Zambrano afirma que la verdad necesita de un vacío, de un silencio donde pueda aposentarse sin que ninguna otra presencia la contamine. El fundamento de esa verdad pertenece a la zona silenciosa de lo inexpresable, y solo podría dársele alcance en una “dimensión no

separadora, más allá de la palabra”.

Así, el silencio que constituye un límite es, por eso mismo, una invitación. María Zambrano se atreverá a traspasar la frontera de lo decible, de lo lógicamente expresable, en aras de una razón poética; para ello deberá contar con los recursos que le brinda la propia inefabilidad. Solo estos recursos (recursos de corte místico-poéticos) posibilitarán la fe y el sueño creador de la poesía, “la sabiduría del silencio”.

Por consiguiente, se propone aquí recorrer el análisis que la autora desarrolla a partir del silencio -o negación- como paradoja evidenciado en la lírica de San Juan, para poder configurar una negatividad alternativa o una razón poética diferente de la negación del yo, desde la cual se construya un espacio místico-poético, en el que la derrota de la palabra venga a ser, finalmente, su más resplandeciente victoria: patentizar lo no dicho todavía, lo indecible, operar desde el silencio el vaciamiento del yo que quiebre la palabra final para recibir al Verbo.

Palabras clave

María Zambrano, San Juan de la Cruz, mística, poética, espacios del *no*.

Abstract

The so-called "spaces of the *no*" or "non-places", *i.e.*, the negativity of the time, place and subject that these notions represent, are usually associated with postmodern philosophical paradigms where this negativity becomes a direct denial of the rational subject suffering and experience the *world of life*.

The Zambrano's vision on such negativity is clearly far away from the deniers systems of the self, to be positioned in a humanistic anthropology in which the word takes on importance because through it comes a new rationality that includes the act of making poetry as constitutive of knowledge and communication with otherness. In her work, the mysticism of St. John of the Cross is constantly present, as the Spanish philosopher identifies that "negative way" proposed by John, as an essential vehicle of experience and truth that can only be said by the poetic word. In this sense, silence, as a paradoxical place, becomes the prominent negative space, from which all disclosure is possible because from there the world is present to us through words. Moreover, if the paradox unfolds in all its dimensions, the word is broken and the silence is empty to be occupied by the voice of God, once and forever.

Also, Zambrano says that the truth needs a void, a silence in which it can settle with no other presence of contamination. The foundation of that truth belongs to the silent zone of the

inexpressible, and could only be given scope in a "no separator dimension, beyond the word." Thus, silence is a limit that is, for that reason, an invitation. Zambrano will dare to cross the border of the speakable, what logically expressible, in the interest of poetic reason, and for it must have the resources to provide the very ineffability. Only these resources (resources more like mystical-poetic) will enable the faith and the dream maker of poetry, "the wisdom of silence."

Consequently, it is proposed here to review the analysis that the author develops from silence -or negation- as evidenced by the lyrical paradox of St. John, to set up an alternative negativity or poetic reason other than the denial of the self, from which to build a mystical-poetic space in which the defeat of the word come to be, finally, its most shining victory: to patenting which is still unsaid, the unspeakable, to operate from the silence, the emptying of the self in order to break the final word and that so, to receive the Word.

Key words

María Zambrano, San Juan de la Cruz, mystic, poetics, spaces of the *no*.

Introducción

El acto del discurso nos contiene como seres históricos y finitos que somos, puesto que nos permite la comunicación con nosotros y, desde nosotros, hacia la comunidad. Sin embargo, la reducción de la realidad intelectual y emocional a la matriz verbal sería insuficiente para posicionarnos ante el mundo, ya que existen movimientos del espíritu que requieren para su manifestación una estructura sonora no lingüística, o bien se incardinan simplemente en el silencio. Si el espacio de manifestación es justamente este último, se hace necesario entonces adentrarnos en las paradojas de lo inefable puesto que, por un lado, esa silenciosa manifestación del espíritu expresa la limitación, la insuficiencia propia de nuestro lenguaje y, por otro, abre al hombre el horizonte de una indefinida posibilidad. Tiene el silencio, entonces, tal y como lo estamos considerando aquí, el carácter de un límite.

Por otra parte, se puede verificar una suerte de quiebre de la palabra que tiene, no obstante, antiguos precedentes tanto en la tradición mística occidental como en las viejas sabidurías orientales. En ellas, el acto contemplativo exige, en cierta forma, el abandono de la palabra, ya que solo al derribarse sus murallas se puede acceder a un entendimiento total e inmediato. Dicha visión, por tanto, no tendría la necesidad de adecuarse a la concepción lógica y lineal del tiempo que impone la sintaxis. “Cuando se logra ese entendimiento, la verdad no necesita sufrir ya las impurezas y fragmentaciones que el lenguaje acarrea necesariamente” (...) “En la verdad última, pasado presente y futuro se abarcan simultáneamente” (Steiner 1985, 32, 34).¹

Sin embargo, no es suficiente el reconocimiento de la limitación del lenguaje para generar el acceso a esa verdad última que reclama para su desvelamiento una especie de palabra perdida, una palabra de verdad sobre la cual se articule en definitiva todo el lenguaje humano.² En este sentido, el silencio pondría de manifiesto el hecho de que si pretendiésemos habitar solo dentro del régimen del lenguaje, el habla humana se precipitaría en una muchedumbre de palabras sin eco alguno, sin posibilidad, tan siquiera, de respuesta. En tal registro, el silencio habría sido desalojado de la palabra y serían éstas, con su voracidad espacial, las que pretenderían ocuparlo todo en un mundo ciertamente descifrado mediante el artificio de los signos lingüísticos, representado sí; pero no

1 Agrega Steiner: “La tradición occidental sabe también de trascendencias del lenguaje hacia el silencio. El ideal trapense se remonta a abandonos del habla tan antiguo como el de los estilistas o los Padres del desierto. San Juan de la Cruz expresa la austera exaltación del alma contemplativa al romper las ataduras del entendimiento verbal común” (35).

2 Gerhard Poppenberg aclara que: “La palabra de verdad es la palabra perdida, que es el vacío en torno del cual se articula todo el lenguaje. La palabra de verdad, así, sería el instante de la *epojé* entre una palabra y otra (...) La perdida palabra de verdad es, pues, en el instante de la *epojé* del silencio engendrador de todo lenguaje, lo que misterioso y místico solo es en el sentido estricto de la palabra ‘myo’ - mudez en el centro de todo hablar. El inicio, pues, se da como *epojé* y por eso siempre queda perdido, imposible de recuperar porque nunca llegó a ser otra cosa que interrupción, pausa. Instante de discontinuidad en el centro de toda continuidad, discontinuidad engendradora de continuidad” (1991, 227).

propiamente mostrado, es decir, hecho presente al hombre.³ El lenguaje es, pues, la figura, el armazón y el edificio lógico de los hechos que configuran el mundo, pero, al menos en su uso denotativo, no proporciona acceso alguno a esta auténtica pulsación del ser, a aquello que puede considerarse la verdad viva (Zambrano 2010, 533-539). El propio Wittgenstein lo reconocía, a propósito de su *Tractatus*, en una carta dirigida a su amigo Ludwig von Ficker fechada en 1919: “Mi obra se compone de dos partes: de la que aquí aparece, y de todo aquello que no he escrito. Y precisamente esta segunda parte es la más importante” (Reguera y Muñoz 2002, IX).⁴ Así, podría afirmarse que la palabra, una vez despojada del silencio, olvida precisamente la palabra de la que brota; pretende fijar la realidad mediante la traslación al silencio de todo aquello que, por su condición o naturaleza, es ya inexpresable, *i.e.*, inefable.

Silencio, poesía y mística

Sin embargo, el silencio como espacio de negación de la palabra, como recipiente de lo indecible e inexpresable, contiene asimismo otra cara, una faz de espejo que lo convierte en una noción de doble entidad. En un bello artículo del año 1967, *La palabra y el silencio*,⁵ publicado en la revista *Asomante* de Puerto Rico, María Zambrano analiza estos dos polos del silencio. Por un lado, presenta su positividad, es decir, aquel aspecto que es el que crea la palabra convirtiéndose en condición de toda desvelación o descubrimiento, y permitiéndole que nos haga presente el mundo inspirándose en el silencio. Pero también nos habla de su negatividad, esto es, de cuando el silencio se ejerce coactivamente sobre la palabra como expresión de poder y dominio; en este último caso son ciertas palabras y determinados discursos los que pretenden silenciar otras voces. De este modo, imponer el silencio supondría, en estos casos, impedir que el propio silencio hable. Pretender, pues, acabar con el silencio, implica el deseo de abarcarlo todo de una vez y para siempre; son las palabras contenidas en las proclamas de los poderosos, en los lenguajes totalitarios (Zambrano 1987, 116; 2010, 407-415).

3 Lo que se muestra a sí mismo, aquello que no se representa ante el hombre sino que se manifiesta y de-muestra sería, según Wittgenstein, propiamente lo místico. “Hay, ciertamente, lo inexpresable, lo que se muestra a sí mismo; esto es lo místico” (*Tractatus* 2002, § 6.522).

4 Cabe agregar la famosa sentencia del Prefacio al *Tractatus* que reza: “Todo lo que en absoluto se puede decir, puede decirse con claridad y de lo que no se puede hablar, sobre ello debemos guardar silencio. La palabra quiere por tanto trazar un límite al pensamiento, o más bien, no al pensamiento sino a la expresión del pensamiento. Pues para trazar un límite al pensamiento, tendríamos que poder pensar ambos lados de este límite, deberíamos poder pensar lo que no se puede pensar” (Reguera y Muñoz, 47, 48).

5 Dicho artículo es claro antecedente del futuro libro *Claros del bosque*, publicado en el año 1977 y que recoge una línea unitiva del pensamiento zambraniano con respecto a San Juan, el cual comienza en los años 40 en los que la filósofa, ya exiliada, imparte su primer curso sobre el místico español en la ciudad de La Habana, Cuba. Jesús Moreno Sanz destaca: “...no deja de parecerme que *Claros del bosque* es la manera en que Zambrano pone en «obra» al propio San Juan de la Cruz. Zambrano allí, está manifestando, ya en una forma muy depurada, la filosófica y vital «autofagia» que ella declaró en «San Juan de la Cruz, de la noche oscura a la más clara mística», que había realizado el santo” (2011, 91-93). Cf. “La palabra y el silencio”, en *Asomante*, San Juan de Puerto Rico, octubre-diciembre de 1967. Recogido en *Anthropos*, marzo-abril de 1987, pp. 116-129.

En este sentido, el olvido de la palabra perdida, del *logos* primigenio, ha llevado al hombre a querer suplantarla, aunque paradójicamente, no rechaza el poder de esa palabra, de ese saber absoluto inmerso en el *logos* que en reiteradas ocasiones pretende ocultar en el “vacío” del silencio.

Para Zambrano, el silencio viene, por tanto, a hacer explícita una imposibilidad, aquella que reconoce la incapacidad de crear con la sola palabra. El hombre, si tiene la pretensión de arrogarse el *Fiat* del Creador, se limita simplemente a reiterar la creación, reproduciéndola en el interior de su mente. Desde esta perspectiva, la palabra pierde su vitalidad para transformarse en un espejo en el que se refleja un mundo deformado. Palabra superpuesta, pues, que desea encubrir o suplantar la presencia del *logos*.

En este sentido, el hombre buscaría dictar la presencia del ser, “más este dictado únicamente en el silencio positivo puede producirse” (Zambrano 1987, 116). Solo entonces la palabra quebrada por el silencio nos remite al ser, al orden del mundo al que la propia palabra pertenece:

El quebrantarse de la palabra hace aparecer el ser como el darse de la cosa misma, pero de una manera paradójica ya que el ser no se da como algo que está más allá de la palabra, como algo anterior a ella e independientemente de ella, sino que se da como 'efecto de silencio'. Heidegger no pierde de vista lo que la fenomenología concibe como un encuentro con la cosa misma, solo que lo ve como un efecto de silencio. Tener acceso a las cosas mismas no significa tratarlas como si fueran objetos, sino que es encontrarlas en un juego del naufragio del lenguaje en el que el ser experimenta ante todo su propia mortalidad (Zambrano 2010, 308).

Asimismo, Zambrano afirma que la verdad necesita de un vacío, de un silencio donde pueda aposentarse sin que ninguna otra presencia la contamine. El fundamento de esa verdad pertenece a la zona silenciosa de lo inexpresable, y solo podría dársele alcance en una “dimensión no separadora, más allá de la palabra” (Maillard 1987, 126).

Así, el silencio que constituye un límite es, por eso mismo, una invitación. La filósofa se atreverá a traspasar la frontera de lo decible, de lo lógicamente expresable, en aras de una razón poética; para ello deberá contar con los recursos que le brinda la propia inefabilidad. Solo estos recursos (recursos de corte místico-poéticos) posibilitarán la fe y el sueño creador de la poesía, “la sabiduría del silencio” (Zambrano 2010, 439-442).

Tal inefabilidad dará lugar, en ocasiones, a la ruptura de las condiciones lógicas dentro de las cuales se sitúa el discurso. Así, por ejemplo, San Juan de la Cruz llevará a cabo la imposible superposición de contrarios en un mismo sujeto para mostrar cuán violenta, cuán total y clamorosa

es esa ruina del conocer, denegando así en el trasunto de su experiencia -según afirma Baruzi- su básica formación doctrinal. Por tanto, la destructora atribución de contrarios en un mismo sujeto le sirve de aniquiladora fórmula de expresión de lo inefable (2001, 289-290).

Asimismo, el balbucir será un recurso estilístico de quienes, como Zambrano, se adentran en el terreno de lo indecible. Podría decirse que del no saber viene el balbucir, es el efecto del entender no entendiendo, de esa ignorancia con la que se trasciende toda ciencia. En este sentido, el santo carmelita ha condensado en sus *Coplas* los medios expresivos y poéticos de la vaguedad y la ignorancia, así como de la trascendencia que nos invade: “Entréme donde no supe, / y quedéme no sabiendo, / toda ciencia trascendiendo” (1990, 186). A su vez, nuestra filósofa se pregunta si no será *ese no sé que*, esa ignorancia del silencio la señal de identidad propia de toda criatura; su lugar natural, su atmósfera. “La Aurora misma balbucea, al par que todas las criaturas, un reino de luz y color, de espacios no habidos, de tiempos poblados por no se sabe qué” (Zambrano 2012, 533). De este modo, la propia inefabilidad reclama un *intelligere incomprehensibiliter*,⁶ ya que la forma de ese decir remite esencialmente al indecible en que se funda.

Así, según Zambrano, la palabra del místico y del poeta comienza en el punto o límite extremo en que se hace imposible todo decir:

Postula un imposible, decimos, la palabra del místico. Pero también decimos que tal es, y no otra, la raíz última o cierta de la palabra poética en cuanto decir de lo imposible, de lo indecible, que lleva la palabra a su tensión máxima -arco infinitamente tendido que contiene su flecha y su blanco- al forzarle a decir en su misma precariedad, y solo en ella, la imposibilidad del decir (Zambrano 2012, 213).

Como en el *Cántico Espiritual* de San Juan, la palabra de María Zambrano se resiste a la fijación del sentido, hasta el punto de que los elementos más triviales del significante, más aún las imágenes de las que está plagada su obra, son portadores de una sobrecarga semántica que los desborda. Es un lenguaje polivalente en su significación y discontinuo en su formalización; de él emerge una equivalencia de lo contradictorio o paradójico y no una equivalencia de lo idéntico. De lo que se quiere hablar no es de algo que pueda ser fácilmente albergado en un término, por el contrario, es algo que más bien carece de término; es el suyo un lenguaje que se entreteje como la narración de una experiencia luminosa que, tal y como asevera Ramón Xirau, se dirige al aparecer

6 Dicha expresión latina es atribuida a Nicolás de Cusa y recogida por el poeta José Ángel Valente -amigo íntimo y fraternal de Zambrano- en su libro *La piedra y el centro*: “La palabra poética es una palabra que se niega a la función utilitaria, que niega el lenguaje como pura instrumentalidad, que apunta esencialmente a un saber del no saber, a un entender del no entender y cuyo solo entendimiento es -para utilizar las palabras del Cusano- un *intelligere incomprehensibiliter*, un entender incomprensiblemente” (1983, 233).

visto no como apariencia sino como aparecer mismo (1991, 263-269).

Así, podría parecer natural que toda locución explicativa, declarativa o de continuidad argumental se quiebre en el preciso punto en el que trata de reducir o retrotraer al sentido lo que por naturaleza le excede, lo que solo o precisamente se produce en el exceso del sentido: “*Excessus mentis*, estados de conciencia dilatada que no cabe abreviar, pues solo existen en su natural anchura” (Valente 1983, 216).⁷ Por tanto, el recurso a la inefabilidad debe entenderse no como una trivial manifestación de impotencia, sino como una experiencia lingüística del límite. Así, cuando San Juan de la Cruz en sus comentarios a *Llama de Amor Viva*, logra analizar altísimos estados místicos, pareciera casi no desear ya dar con una traducción verbal para que “no se entienda que aquello no es más de lo que se dice” (1989, 674), añadiendo que “el propio lenguaje es entenderlo para sí y sentirlo y gozarlo y callarlo el que lo tiene” (680).

Se trataría, pues, de narrar esa experiencia desde el propio silencio de la palabra que es anterior a cualquier manifestación verbal, evitando la instancia en la que dicha experiencia deba ser circumscripita al cerco del discurso. La palabra vendrá luego, cuando el místico sienta el deseo de comunicar lo vivido, pero siempre precedida y envuelta por el halo de su inefabilidad originaria.

Ocorre, asimismo, que el poeta y el místico puedan caer en el silencio, paralizados por el hiato que existe entre la naturaleza de su contemplación y las “heladas generalidades del habla”. Ese mutismo puede ser leído como demostración de los límites de la palabra, aunque también, y al mismo tiempo, como constatación de una profundidad difícilmente expresable mediante signos. Es ese fondo estable al que Zambrano alude con el término *aurora* o *auroral*, que ha de concebirse como un reino onírico y silencioso, como un no-lugar desde el cual entregarse a lo inefable.

De este modo, existe un momento a partir del cual se deben soltar las amarras para adentrarse en la alta montaña, olvidar lo sabido para descubrir otro mundo. Tanto en poesía como en mística, hay que ir a lo que no se sabe por donde no se sabe. Debe abrirse un camino mediante el cual lo lejano se acerque a nosotros. Hay que dejarse conducir hasta la fuente, porque la noche vivida con esperanza y dejándose guiar, conduce a ella. Hay que dejarse llamar, guiar, trascender y consumir (Zambrano 2010, 534-544).

7 El propio Valente, en otro artículo del mismo libro que lleva por título “Sobre la lengua de los pájaros”, expone que esa palabra mística o poética de la que hablamos, lo es del límite, del borde o de la inminencia, “...la palabra poética no es propiamente el lugar de un decir, sino de un aparecer. El poema, al igual que el Señor del Oráculo, no dice, no afirma ni niega, sino que hace signos; significa, pues, lo indecible, no porque lo diga, sino porque lo indecible en cuanto tal aparece o se muestra en el poema, lugar o centro o punto instantáneo de la manifestación. Por eso el poema, la palabra poética o el lenguaje poético no pertenecen nunca al *continuum* del discurso, sino que supone su discontinuidad o su abolición radical. Y de ahí que sea propio de la palabra poética quemarse o disolverse en la luz o en la transparencia de la aparición. Lugar el poema donde se cumple la nostalgia de la disolución de la forma, donde el lenguaje queda en suspenso (un *no sé* que quedan balbuciendo), detenido o deslumbrado por lo que en él se manifiesta, y donde, junto con el lenguaje, entran en su disolución las nociones de espacio, tiempo o la noción del sí mismo o del yo” (241).

Ya Miguel de Molinos advertía que ese camino de contemplación era de unos pocos, puesto que supone la muerte de los sentidos; solo aquellos que se recogen en el interior de la soledad y de su silencio podrán recorrerlo:

Tres maneras hay de silencio. El primero es de palabras; el segundo, de deseos, y el tercero, de pensamiento. En el primero, de palabras, se alcanza la virtud; en el segundo, de deseos, la quietud; en el tercero, de pensamiento, el interior recogimiento. No hablando, no deseando, no pensando, se llega al verdadero y perfecto silencio del místico, en el cual habla Dios con el ánima, se comunica y le enseña en su más íntimo fondo la más perfecta y alta sabiduría (1989, 65).⁸

En la obra zambraniana, la mística de San Juan de la Cruz está presente de manera constante, puesto que la filósofa española identifica esa “vía negativa” propuesta por Juan, como un vehículo esencial de la experiencia y de la verdad que solo puede ser dicha por medio de la palabra poética. En este sentido, el silencio, como lugar paradójal, se convierte en el espacio negativo eminente, desde el cual todo desvelamiento es posible porque a partir de allí el mundo se nos hace presente mediante la palabra. Más aun, si la paradoja se despliega en toda su dimensión, la palabra se quiebra y el silencio se vacía para ser ocupado por la voz de Dios ya de una vez y para siempre.

En este sentido, la noche como silencio y la aurora como condición de posibilidad de la palabra poética -único signo que puede expresar intuitivamente lo inefable- son dos espacios de configuración de la experiencia mística, y, al mismo tiempo, símbolos sanjuanistas por excelencia. Así, el entender incomprensiblemente se da en un saber de dolorosas certezas de fondo y no de fáciles seguridades de superficie. Habrá que poder llegar hasta aquel hondón desde el que la luz sube hasta la superficie, y soportar la oscuridad de la caverna para subir con la faz alumbrada desde adentro, es decir, desde la aurora en la que todo es posible.

Consideraciones finales

Muchos poetas y místicos han anhelado conocer el vocabulario de una lengua que los llevara a su propio ser y al sosiego más profundo. Esta necesidad no es en absoluto ajena a la escritura zambraniana; aunque en ocasiones resulte difícil distinguir si se trata de un lenguaje totalmente privado o bien si es el lenguaje propio del silencio.

El análisis que la autora desarrolla a partir del silencio -o negación- como paradoja

8 Resulta interesantísimo el análisis que Zambrano realiza sobre el *quietismo* de Miguel de Molinos, y es en este escritor en el que acaso pueda observarse con mayor nitidez lo que ella llama el desierto de la palabra. “En el texto sin paréntesis, sin puntos suspensivos, sin subrayados, se adquiere transparencia y fluidez precisamente a partir de una particular sintaxis sobre fondo desértico, sobre un claro o un vacío” (2010, 365-380).

evidenciado en la mística de San Juan, contribuye a configurar una negatividad alternativa -la misma razón poética- diferente de la negación del yo, desde la cual se construya un espacio místico-poético, en el que la derrota de la palabra venga a ser, finalmente, su más resplandeciente victoria: patentizar lo no dicho todavía, lo indecible, operar desde el silencio el vaciamiento del yo que quiebre la palabra final para recibir al Verbo.

Todo lo que la palabra dice dentro de los confines, y lo que queda más allá del confín último, del silencio y de lo indecible, es por ella, al fin, revelado como tal. (...) Y al que esto siente, aunque otro religioso sentir no tenga en principio, se le revela ya un más allá del verbo, de donde parece llegar el Verbo mismo. (...) Pues que el dado a la palabra la encuentra brillando en la oscuridad, y a veces la arranca de ella como un diamante de su yacimiento. Ya que la palabra que es en sí misma don, gracia, acarrea lucha -con la palabra y su sombra-, con la oscuridad que la envuelve y con el silencio que tiembla cuando se le arranca y luego resiste (Zambrano 2010, 425).

Bibliografía

Andrés, Melquíades. *Historia de la mística española en la Edad de oro en España y en América*. Madrid: BAC, 1994.

Baruzi, Jean. *San Juan de la Cruz y el problema de la experiencia mística*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, 2001.

Cordua, Clara. "Wittgenstein y los sentidos del silencio", en *Estudios Públicos* (1998):70, pp. 243-258.

Juan de la Cruz, Santo. *Obras completas*. Edición crítica, notas y apéndices por Lucinio Ruano de la Iglesia. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1991.

Maillard, Chantall. "Ideas para una fenomenología de lo divino en María Zambrano", en *Anthropos. María Zambrano. Pensadora de la Aurora*. (Monográfico, 1987):70-71.

Miguel de Molinos. *Guía Espiritual*. Fragmentos. Ed. de José Ángel Valente. Madrid: Alianza, 1989.

Miranda, Emilio. *San Juan de la Cruz, itinerario biográfico*. Ávila: Colección Tau, 1990.

Muguerza, Javier. "Las voces éticas del silencio", en *El silencio*. C. Castilla del Pino (Ed.) Madrid: Alianza, 1992.

Ortega Muñoz, José. "Fenomenología y poética en María Zambrano", en *Philosophica Malacitana*. (1989):II, pp. 177-178.

Poppenberg, Gerhard. "Prefacio al inicio de *El pensamiento auroral de María Zambrano*", en *Philosophica Malacitana*. Málaga (1991):IV, pp. 227-238.

Valente, José Ángel. "Sobre la operación de las palabras sustanciales", en *La piedra y el centro*. Madrid: Taurus, 1983.

Velasco, Juan Martín. *El fenómeno místico. Estudio comparado*. Madrid: Editorial Trotta, 2003.

----- *Mística y Humanismo*. Madrid: PPC, 2007.

Wittgenstein, L. *Tractatus logico-philosophicus*. Trad. e Int. de Isidoro Reguera y Jacobo Muñoz. Madrid: Alianza, 2002.

Xirau, Ramón. "María Zambrano: en torno a lo divino", en *Philosophica Malacitana*. (1991):IV, pp. 263-269.

----- *De mística: maestro Eckhart, San Juan de la Cruz, Edith Stein, Simone Weil*. México: Editorial Joaquín Mortiz, 1992.

Zambrano, María. «La palabra y el silencio», en *Asomante*. San Juan de Puerto Rico. (1967).

----- *Esencia y hermosura*. Selección y Prólogo de José-Miguel Ullán. Barcelona:

Galaxia Gutenberg, 2010.

----- *Obras Completas III*. Jesús Moreno Sanz (Ed.). Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2011.